



Nuria Sotelo, tumbada, en un momento de *Circo de pulgas*, mientras la rodean, en el sentido de las agujas del reloj, Ana Vallés, Celeste González, Ricardo Santana, Mónica García y Óscar Codesido. / RUBÉN VILANOVA

Pulgas sin amaestrar

La compañía gallega Matarile, que lleva 30 años dedicada al teatro de vanguardia, presenta en Madrid su nuevo espectáculo

RAQUEL VIDALES, Madrid
Tres décadas lleva la compañía gallega Matarile resistiendo en la vanguardia. En todo este tiempo les han llamado de todo: nuevas tendencias escénicas, *performance*, teatro visual, teatro danza, teatro posdramático, artes vivas... Todas las etiquetas, en fin, que se han ido sucediendo para definir ese tipo de espectáculos imposibles de clasificar según los géneros o formatos tradicionales.

"Hacemos teatro. A secas. El hecho de que nuestro punto de partida no sea un texto escrito no significa que no hagamos teatro. No es otra cosa; es simplemente teatro contemporáneo, el resultado de una evolución natural de las artes escénicas, de la misma forma que han evolucionado otras disciplinas como las artes plásticas", objeta Ana Vallés, la fundadora y directora del colectivo, quien conversa con EL PAÍS junto a Baltasar Patiño, miembro del grupo.

Esto no debe llevar a pensar que los espectáculos de Matarile

son solo aptos para entendidos en arte contemporáneo. El pasado fin de semana, consiguieron que todo el público acabara bailando sobre el escenario cuando representaban *Antes de la metralla*, el primero de los dos títulos que la compañía muestra este mes en el ciclo que les dedica las Naves Matadero Madrid. El segundo, que podrá verse desde esta noche hasta el domingo, es su último trabajo, *Circo de pulgas*, recién estrenado en Ourense y Santiago de Compostela.

En *Circo de pulgas*, como en todos los montajes de Matarile, no hay una narración lineal, sino que se conjugan o superponen distintos elementos: bailarines y actores; danza y parlamentos e instalaciones realizadas en el momento. No se cuenta una historia; más bien se sugieren emociones. En este caso, absorbiendo la vieja estética circense: la fascinación por el riesgo, el pasmo que producían los números de pulgas amaestradas, la atracción por lo monstruoso como una for-

ma segura de salir de la rutina. "Todos somos pulgas amaestradas, nos gusta tenerlo todo controlado, pero eso no nos llena: buscamos el riesgo, lo inefable, eso que no se puede buscar con palabras, sino por medio del arte", defiende Vallés.

El peso de la danza

La danza predomina casi siempre en los trabajos de Matarile. "El cuerpo nunca es falso, mientras que lograr veracidad con la palabra en un escenario es muy difícil. Por eso me gusta trabajar con bailarines", comenta Vallés. Curiosamente, ni ella, quien dirige todos sus espectáculos y además actúa, ni Patiño, quien suele ocuparse del diseño de luces y la escenografía, son ni han sido nunca bailarines. Tampoco actores. Su primera aproximación al teatro fue como constructores de decorados, siempre fuera de las tablas. Quizá por eso han sido capaces de saltarse muchas convenciones.

La insistencia como estrategia para resistir

En sus 30 años de trayectoria, Matarile no se ha limitado a crear espectáculos, sino que también ha impulsado el teatro contemporáneo en Galicia. Entre 1993 y 2005, gestionó una sala en Santiago de Compostela (el Teatro Galán) y de 1995 a 2007, el festival de danza contemporánea En Pé de Pedra. Todo eso tuvieron que dejarlo atrás. "Los proyectos no se pueden mantener mucho tiempo en precario. Llega un momento en que hay que crecer o morir", apunta Ana Vallés. Pero no es costumbre de Matarile quejarse del pasado. Este verano, la compañía ha convertido una vieja fontanería de la capital gallega en un teatro provisional, La Montiel, para estrenar su último trabajo y acoger a otros artistas. Estará abierto solo hasta noviembre. Como dice Vallés, citando al filósofo Slavoj Žižek: "Lo opuesto a la existencia no es la no existencia, sino la insistencia".

De su constante cuestionamiento del teatro surgió precisamente *Antes de la metralla*, un espectáculo en el que participan personas relacionadas con las artes escénicas desde diferentes ámbitos (investigadores, profesores, programadores, intérpretes, directores, *performers* y artistas visuales), a las que reunieron previamente para reflexionar sobre el teatro contemporáneo.

El resultado no es la representación de un debate plumoso, ni mucho menos, sino una puesta en escena vibrante. Hay diálogos, monólogos, música y mucho baile. "¿Cómo hemos llegado a la situación de pagar un sueldo de 3.000 euros por función a un toro [el que sacó el director Romeo Castellucci en su puesta en escena en el Real de la ópera *Moisés y Aarón*]?", se interroga un actor durante la función. "¿Y a quién se le ocurrió exponer a varios mendigos [en Malmö, Suecia] en un museo como si fueran una obra de arte?", le sigue Vallés. Ahí quedan las preguntas.